

## El guardia

J. W. RIVERS

Tanto Memo como Chinto chuparon fuerte. Con el machete Socorro me abrió una cortada arriba del tobillo y luego Chinto y Memo se turnaron pa quitarme lo más posible del veneno, así que no me descompuse mucho. Me dieron unos tragos de mezcal pa'liviar el dolor y se quedaron conmigo mientras empecé a componerme. Desde chicos somos inseparables. Chinto y Memo me prestaron el jorongo y, en cuclillas, se pusieron a vigilar contra las cosas del monte.

Eso tuvo lugar ayer por la tarde. Hoy me siento mejor. Tuve un mal encuentro con una víbora que estaba tendida a la sombra de uno de los troncos que amontonamos. No la vi. Nomás oí un sonido como el de un chile seco, de esos que se llaman cascabel. La víbora se enroscó y se me vino encima. Chinto y Memo le dieron de machetazos hasta que la malvada hizo las paces. Esta mañana la comimos con tortillas. La carne de las víboras es sabrosa.

Me llamo Sesto. Me pusieron este nombre porque tengo cinco hermanos. Chinto y Memo son dos de ellos. Nicolasa es mi hermana. Benito y Chuy son los otros. Hace rato que estos últimos, los mayores, se fueron al norte, rumbo a Saltillo según dijeron, pa buscar chamba. No han regresado. Quizá no se les dé mal. Quizá encontraron alguna chambita que les pague buenos quintos. Puede que estén bien.

Socorro no es mi hermano. Es mi cuñado. Le echó los perros a mi hermana Nicolasa y ésta acabó por arrejuntarse con él, pues ella andaba busca que busca tunas en los huisaches. Uno tiene que mantener el honor de la familia, así que varios meses después, al llegar un cura perdido y hambriento a El Puño, hicimos que los casara, pues Nicolasa daba muestras de querer parir mucho muy pronto. Desde ese entonces Socorro es mi

cuñado. Pagamos con tortillas y escamole al cura y le dijimos que se largara antes del anochecer. Nos miró, se comió el escamole de prisa, metió las tortillas en quién sabe dónde, y se fue.

Somos naturales de El Puño. Salvo por Socorro, que es de algún lugar lejos de aquí. Somos carboneros. Salvo por Socorro, que se dice cazador. Es viejo, bizco, mocho y contrahecho, feo como pegarle a Dios, pero es mi cuñado. Tiene un rifle .22 y unas cuantas balas que guarda en una bolsita de yute colgada siempre del pescuezo. El rifle se ve mohoso. También se ve así su machete.

Mis hermanos y yo cortamos los árboles del monte que cada vez son más pocos y por tanto tenemos que caminar cada vez más lejos. Los árboles los juntamos en un montón, les echamos tierra encima pa que les alcance poquito aire, y luego los quemamos—trabajo ingrato como parir chayotes. Tenemos sólo dos palas ya, que una se cayó al río, y las hachas de dos filos no sirven tan bien como antes. A veces la madera no quiere quedarse bien carbonizada y nos toca empezar de nuevo o irnos con los huacales vacíos.

Socorro no nos ayuda. Nomás va de caza. Siempre sabe volver a tiempo pa comer de nuestras tortillas y con el morral vacío. Hasta ahora ninguno de nosotros le ha dicho que somos compañeros del camino pero no del itacate. ¿Cómo decirselo al marido de la hermana sin que se nos enoje? ¿Y no calienta pierna de varón más que diez kilos de carbón?

Más y más lejos nos vamos de El Puño. Un día de estos quizá lleguemos a otro monte. Quizá por ahí esté el pueblo de Socorro. Quizá haya una vaca que dé leche. Quizá Socorro tenga una hermana—o una sobrina.

Caminamos relejos pa fabricar el carbón. Es que cada rato viene a El Puño el agente del gobierno a recaudar lo que dice son contribuciones. Se lleva nuestro carbón en el jeep. Dice que eso apenas cumple con el deber que tenemos. A veces llega cuando hay heladas y resta poquito carbón. Se lleva entonces una gallina. Nos quedan bien pocas. No le importa que ya ponen poquitos güevos, dice que nos toca pagar con regularidad lo mucho que debemos al gobierno. Eso dice ese agente güevón.

Una vez llegó mientras llovía. Le ofrecimos la puerca vieja que estaba en las últimas. “Se ve harto chupada,” dijo, pero de todos modos la metió apretadamente en el jeep. “Casi no sirve pa'l consumo pero tal vez podamos engordarla allá en la Jefatura.”

Subió al asiento. Y luego nos dijo que todo se nos hace un monte, que vemos inconveniente donde no lo hay, que somos unos pendejos, que con gente como nosotros ni a misa, pues se hinca en los gargajos. Quizá se fijó en un rayo o quizá fue el destello de una hoja de machete, quién sabe, pero arrancó el motor. Todavía iba a decir una cosa más cuando se fijó en que nosotros empezábamos a rodear el jeep y decidió ponerse en marcha sin decirlo.

Aún me suenan en los oídos el chirrido de llantas en el lodo no muy lejos del borde de la barranca.

“Que te mantenga el gobierno, tarugo,” gritó Chinto mientras el jeep rodaba como borracho.

Yo pensaba con tristeza en los taquitos de tuétano que no íbamos a comer.

Aquí en el monte donde trabajamos hay cantidad de animales—mariposas, sopilotes, venados, alacranes, zorrillos, murciélagos. Muy de tarde en tarde se puede oír una piara de jabalíes arremetiéndose contra algo. Muchos de los animales prefieren rondar de noche, a escondidas de nosotros.

Los zorrillos por ejemplo nunca se ven durante el día. Según dice Chinto los zorrillos son tímidos. Chinto piensa que debemos tenerles muchísimo respeto precisamente por eso, que a lo mejor son benditos—¿que no dijo Dios que los tímidos son sus hijos y que la tierra será de ellos?

Los zorrillos se parecen algo a los gatos. Son más o menos del mismo tamaño, saben matar a los ratones, y comen algunos de los bichos dañinos pa nosotros. Además, se portan bien, no se meten nunca donde no les llaman. Todo eso me lo contó Chinto. Yo vi, no hace muchos días, a dos de ellos cerca de El Puño. Pobrecitos. Iban tambaleando por todos lados como cachorros espantados buscando a su mamá. Hice lo posible por acercarme a ellos pa mirarlos bien pero no pude—corrían de mí como ardillas enloquecidas. Parecía que les costaba respirar. Y luego se cayeron al suelo y se quedaron tiesos. A lueguito bajó una turba de buitres.

Hay quienes dicen que los zorrillos son malos porque echan chorros de mal olor así como pedos. Chinto dice que sólo hacen eso a manera de cuidarse de los que quieren matarlos pa hacer un abrigo de sus pieles. Yo por mi parte no quiero ningún abrigo ni bendito si huele a pedos.

Las tortillas están calentándose en el comal. Ya regresa Socorro. Viene cojeando. Como de esperarse, no trae ni una rata.

“Mala suerte,” dice, agachándose. Agarra una tortilla medio caliente y se pone a comerla. Se le ven rotos los calzones y las nalgas se le asoman. Una se ve herida, manchada de sangre.

Chinto ve un ratito a Socorro, luego dice, “¿Y quién te dejó ese recuerdito?”

Socorro levanta la tasa, toma un trago de café de bellota. “Un zorrillo,” dice.

“Unas heridas hondas,” dice Memo, tentando la nalga y echándole un poco de mezcal. Luego la cubre con cenizas.

“Un animal maldito,” dice Socorro. Se levanta. “Ya se me quitó el hambre.” Va a su lugar. Se acuesta.

Los demás comemos, callanditos.

Al día siguiente Socorro no va de caza. Se queda acostado. La nalga se ve cuajada de sangre oscura. Y como con bichos.

Ya de noche otra vez. Hemos regresado de cortar y amontonar troncos. Memo está calentando café y tortillas.

“¿Cómo pasó?” le pregunta Chinto a Socorro.

“Estaba yo pa birlar un jabalí grandotote mero enfrentito de mí cuando de repente se me avalanzó un zorrillo que salió de la nada. Me mordió fuerte y no me quería soltar. Con el alboroto el jabalí se alarmó, le disparé, se echó a correr y salió ileso, pues la puntería me falló.”

“Me lleva la tristeza,” dice Memo, bufando.

“No oí ningún tiro,” le digo yo.

“Un zorrillo sólo ataca si está rábido,” dice Chinto.

Otro día. Trabajamos duro. Hace mucho calor. Hay poca agüita en el arroyo. Pasan más cosas raras. Vemos animalitos que por lo general nunca se dan a conocer durante el día. Pasan por aquí donde estamos nosotros, sin cautela. Muchos parecen agitados, dan muestras de sofoco. Se acercan al arroyo pero no beben.

Hasta salen muchos murciélagos de las grutas. Vuelan de manera torpe, como si estuvieran bebidos. Hace unos bajaron varios a donde Chinto dormía la siestita y se pusieron a chuparle la sangre a los pies. El sombrero de Chinto le tapaba la cara y no se dio cuenta. Al verlos, Memo y yo los espantamos pero no estaban dispuestos a irse y regresaron. Matamos a unos pero eran muchos. Por fin dejaron en paz los pies de Chinto y se fueron. Le quedaban varias gotitas rojas hasta por las uñas.

Chinto se despertó a causa de nuestra gritería y sonrió. “¿Saben una cosa?” dijo. “Soñé con la nalga de Socorro. Se veía como agusanada.”

“Pues a lo vivo no se ve muy bien que digamos,” dijo Memo.

“Dice que se le ha dormido, que no siente ya nada al tocarla,” agregué.

“Así que ya la nalga iguala al seso,” dijo Memo, burlón.

Chinto se pone de pie y los tres empezamos a talar otro árbol.

En unos días más hemos fabricado bastante carbón. El humo ahuyenta a los animales y todo está callado de noche, así que podemos descansar más o menos a gusto. Salvo por Socorro, que últimamente está excitado. Vela. Gimotea. Ya no come, lo cual no nos cae del todo mal, pues mientras menos burros. . . . Se afana a todas horas por tragarse la saliva que se le escurre. No huele muy bien. Puede que tenga calentura, se porta como un loco. Le habla en voz alta a Nicolasa, le da cariños al aire, la trata de abrazar. Le da consejos a su hijo Tomasito: que pa pendejo no se estudia, que en este mundo hay que vivir pintando toloches pa sacar provecho, y otros pareceres suyos.

A pesar de sus flojeras y vicios, quizá no sea Socorro tan mal padre, no ha abandonado desde luego al escuincle. Ni tan mal marido, sigue con la Nicolasa. A veces pienso que quizá hasta los quiera de veras.

Me coge de sorpresa cuando de repente me dice en voz tranquila que recoja su rifle y que le peque un tiro a la cholla.

“En mi vida he disparado un rifle,” le digo.

“Ya está la bala puesta, nomás aprietas el gatillo.”

“No sé apuntar.”

“Con pendejos ni a bañarse,” refunfuña. Se cae del codo y se queda caído. Sólo un ronquido le sale de la garganta.

Muy metida la noche. La luna se ve macilenta. Mañana por la mañana vamos a salir pa El Puño. Quién sabe si Socorro puede caminar. No se ha compuesto pa nada, está tieso y babeante, no nos conoce. Nos urge volver con el carbón—ya nos toca una visita del nuevo agente. A lo mejor alguien tenga que venir por Socorro.

Este está medio despierto. “Nicolasa,” delira, “cuida mucho a mi Tomasito, no dejes nunca de decirle lo mucho que le estima su papacito.” Gimotea y trata de moverse pero no puede. No se da cuenta de que yo lo oigo todo. “Corazón mío,” sigue, “nada tengo pa dejarte, nada he acumulado, soy nomás un tilingo que en tí encontró un hogar. . . .”

Me ve. Hace un esfuerzo por apoyarse en un codo pero se cae. “¿Eres tú, Sesto?” dice, respirando con dificultad. “Hazme un favor. Mátame. Nomás agarra el rifle y dispárame. Es un gran servicio que me puedes hacer, y es tu deber ante Dios. Yo sé lo que tengo. Es la rabia. He visto casos de estos antes, allí en mi tierra. Es una muerte asquerosa. Por aquí no hay vacunas. La muerte es lenta, espantosa, segura. No hay remedio.”

“¿Cómo te voy a matar, Socorro, siendo tu mujer mi hermana? Ni pensarlo, y menos a sangre fría. No quiero ninguna riña familiar, tampoco acusos de la ley.”

“Te ruego que me mates. Yo mismo no puedo. Fíjate en qué condiciones estoy. Nomás mátame de una vez,” suplica sollozando.

“Aguántate, Socorro. Cuando estés otra vez en El Puño, Nicolasa te puede curar con sus potingues y sus pomadas. Si no, mandaremos a que venga un curandero.”

Se han despertado Chinto y Memo.

“Estos casos no se curan, Sesto. Con mis ojos los he visto. Sólo si un médico de la ciudad me pica muchas veces con su aguja de medicinas puedo tener posibilidades, pero no hay ni una clínica a más de cien kilómetros de aquí. Es inútil. Soy mucho más viejo que tú, he visto mucho mundo, y por eso sé que todo es inútil.”

“Pues no hay razón pa que yo te mate, viejo. ¿Qué le voy a decir a Nicolasa? ¿Que por casualidad disparé contra la cabeza de su marido? No.

No me gusta que ella me tome hincha, es capaz de meterme una puñalada cuando menos lo espero.”

“Será un acto de misericordia matarme,” Socorro persiste. “Puedes hacer que Nicolasa comprenda. Dios te dará su más cumplida bendición.”

Chinto y Memo escuchan. No dicen nada.

Socorro sigue: “Te voy a decir una cosa que no te dije antes. Vine acá con ustedes pa protegerles. Yo también me fijé en esos zorrillos furiosos cerca de El Puño el otro día y en seguida me di cuenta de que se trataba de eso de que ya te platicué. Por eso decidí acompañarlos a ustedes al monte, pa defenderlos con mi rifle. Le dije a Nicolasa que metiera agüita y masa y que se quedara dentro con Tomasito con la puerta cerrada contra cualquier animal que llegara y que no saliera pa nada hasta que yo estuviera de regreso con ustedes y el carbón. Y caminé con ustedes hasta este lugar, pa cuidarlos, pues hace falta el carbón. No salí de caza en ningún momento, pero sí salí de guardia. Con ese propósito vine al monte, pa servirles de guardia, nomás que ese zorrillo me cogió desprevenido mientras obraba. . . .”

Se la va la voz.

Ya amanece. Mis hermanos y yo nos miramos. Tenemos que emprender el regreso, que es largo y difícil. No tenemos ni un animal de carga.

“Entre los tres entonces, ¿de acuerdo?” pregunta Chinto.

Memo asiente con la cabeza. Yo también.

Nos acercamos a Socorro. Memo levanta un poco a nuestro cuñado. Chinto y yo le damos dos machetazos en el cogote.